

vástagos con que se habrá aumentado la familia... Mal año para aquel sultán de Persia que se las arreglaba de modo que le nacía uno por cada día del año...

Así que el cura hizo pausa, se me ocurrió una curiosidad.

—¿Y no tiene el tío Fidel algún hijo verdadero? ¿Suyo, de sus lomos, como dice la Escritura?

El abad se encogió de hombros.

—¡Vaya usted á saber! Misterios del destino. Lo indudable es que justamente á ese, si existe, no le ha reconocido, ni ganas. Porque ese... no le valdría cuartos. Puede que se los costase.

—Sin embargo—objeté yo—, hoy ese hombre parecía realmente afligido; hasta se le arrababan en lágrimas los ojos, al participarnos que su hijo había muerto. ¿Qué explicación encuentran ustedes al hecho, de qué hijo se trataba? Me gustaría averiguarlo.

¡Oídos que tal oyeron! El abad, que es desvivido por complacer, se separó del grupo, yéndose en busca del beodo, hacia el santuario, en la dirección donde se habían desvanecido los últimos ecos de la canción entre devota y folklórica «San Benitiño...»

Y nos quedamos esperándole, comentando el caso, distraídos por los grupos de aldeanos y aldeanas que bajaban la cuesta á saltos, á brincos, agarrados del dedo meñique, retozando, chillando—en un desahogo de júbilo, provocado por el cosquilleo bullidor del vino en las venas y el fresco de la tardecita en los pulmones. No sentíamos pasar el tiempo, pero la verdad es

que el cura tardó más de media hora en presentarse, sofocado, riente y malicioso. A nuestras interrupciones, contestó así:

—¡Qué buen recado traigo! ¡Pero qué buenol Ya sabemos quien era el hijo que se le murió al tío Fidel. ¡Oigan, que esto merece escribirse con letras de oro! El hijo en cuestión es uno de los ochenta ó noventa... cualquiera, el que ustedes gusten... que se fué á América y se agenció allí un capitalejo, unos tres mil duros... y se murió soltero, y la herencia, claro, recayó en el *padre*... ¡Para el tío Fidel, el Potosí!... ¡Borrachera perpetua! Con el agradecimiento y la curda, ha llegado á creerse que era verdadero hijo el difunto, y se enternece hablando de él... y llora... ¿No es muy justo? ¿Haría más un hijo efectivo y real, de su sangre? El tío Fidel siente ahora todas las impresiones sublimes de la paternidad.

II

Restorán

El que atiende por este alias, sustitución del humilde nombre de Jacobo Expósito, es un golfo cuya edad no se aprecia á primera vista. Por el desarrollo representa de once á doce años lo más; pero si su cuerpo desmedrado parece de niño, sus facciones están ajadas por la miseria y su expresión es precozmente cauta y

recelosa. Las criaturas desamparadas aprenden pronto la dura ley de la vida social; el candor de la infancia lo acaparan los ricos. *Restorán* no recordaba haber sido inocente.

Hay en Madrid gateras á quienes les «sale el día» bastante bien. Tienen una cara graciosa, un habla suelta, insinuante, labia, desparpajo; saben hacerse útiles abriendo portezuelas, avisando simones ó recogiendo el pañuelo que se cae; conocen el arte de mendigar, y cuando al anochecer, repiten «con más hambre que un oso» ó reclaman, cual si se les debiese de derecho, la «perrilla», ya en su mugrienta faltriquera danzan las monedas de cobre que les permitirán refocilarse en el bodegón de la calle de Toledo. Si conmovidos por sus quejas famélicas, en vez de soltar dinero, les llevais á una tienda y les comprais la libreta, diciéndoles majestuosamente «Anda, hijo, come», es como si les dejaseis caer una teja de punta sobre la pelona. Lo que quieren es guita. Ya sabrán gastársela. Tanto para el guisote, tanto para el peñascaró, tanto para coser los zapatos, tanto para la partida de tute... El tabaco no entra en cuenta. Ahí están las colillas.

Restorán no era de estos *vivos*. Le infundía repugnancia pedir limosna. Solo y abandonado desde los nueve años, por muerte de la verdulera que le había sacado de la Inclusa, iba rodando, pretendiendo, instintivamente, hacer algo remunerable, y sin acertar qué. ¡Trabajar! ¿Dónde, cómo? ¿Acaso le habían enseñado nunca? Tampoco le gustaba al Expósito cualquier

oficio. Un limpiabotas le quiso tomar de aprendiz... y él se negó. Lustrar el calzado sosteniéndolo en la mano, corriente: limpiar una bota pnesta en un pie... eso, ¡recontral es una grandísima indecencia. El chico no acertaba á explicar la razón; solo afirmaba lo de la indecencia con tal energía y con tales pujos de altivez, que el limpiabotas, pegándole un puntillón brutal, le echó al arroyo, no sin gritarle: «Vaya usía con Dios, señor marqués... El demonio del renacuajo, y qué soberbia gasta!»

Jacobo, tragándose las lágrimas—los golfos alardean de estoicismo—pensaba en lo de la soberbia. Como que ya se lo habían dicho sus compañeros de vagancia: «Tú tiés muchos humos...» La convicción de ser soberbio le infundió cierta complacencia interna. ¿Quién es capaz de averiguar de qué linaje procedía el Expósito? Todos los incluseros se consideran nobles; un hospiciano puede ser hijo del mismo rey. Lo cierto es que Jacobo se juró que no mendigaría. Si le daban sin pedir, bueno...

Por desgracia, el estómago no entiende de dignidades, ni espera, ni transige. El Expósito padecía una enfermedad crónica; el hambre. La había contraído en la cuna, en el escurrido seno de la nodriza, compartida con otros dos críos y no pagada por la Diputación. Y ahora, que el organismo exigía elementos para desarrollarse, que se acercaba la crisis de la adolescencia, que los huesos se estiraban, el hambre de Jacobo era gazuza; era un buitres que le roía las tripas sin descanso. Timido y desfallecido, acercábase

al mercado: las verduleras le conocían y le daban cuál una naranja, cuál un mendrugo. Lo que hubiese... Caridad y voluntad no faltan allí nunca. Sólo que Jacobo ni por esas salía de hambriento. Lo que él soñaba era un hartazgo, hasta saciarse; una comilona á discreción, mucha carne, vino, pasteles de postre.. Los pasteles ¡que buenos serán! En los escaparates de las confiterías ¡qué caras presentan tan doradas y tan simpáticas!

Como los demás golfos, el Expósito concurría á la puerta de los teatros, de los sitios en que algún espectáculo atrae á la multitud. En ese río revuelto pesca hasta el pescador más torpe. Hay caballeros que por un recado dan media peseta. ¡Quién sabe lo que va á caer! A veces una entrada que sobra, con la cual ve el pillete la función. Y una tarde, por cierto de primavera, calurosa ya, Jacobo, arrastrado por sus congéneres, se paró delante de la puerta de una especie de barraca, levantada sobre los solares donde acababan de derribar una iglesia, para ensanchar importante arteria de la población. Sin cesar entraban y salían los concurrentes al espectáculo, perdiéndose detrás de la mampara de tela bermeja que impedía ver desde la puerta lo que pasaba dentro. El Expósito quiso meter el cuezo, olfatear qué monos daban allí, pero la mujerona gorda, rubia, repuinada en bucles, que despachaba los billetes, le dijo con voz melosa:

—¡Eh... jovencito... señorito... la sua entrada, eh?

Oyéndose llamar señorito, cosa tan fuera de su condición, el Expósito, en vez de sorprenderse, se sintió lisonjeado. Una comezón de nobleza y sinceridad le cosquilleó en la garganta, y exclamó con arranque:

—No tengo cuartos para la entrada, señora. ¡Ya me voy!

¡Oh sorpresa! La gordinflona sonrió, hizo una seña al chico, y le secretó muy bajo:

—Viene mañana a las dieci, si gusta. Verá lo spetacle, la funzione. Y si gusta, ganará uno douro. Mío sposo li da uno douro hermoso de argento. ¿Vieni, vuole?

¿Qué era aquello, Dios misericordioso? ¿Desvariaba? ¿Le ofrecían realmente un duro, á él, al Expósito, al hambrón? Desde las siete, al otro día, rondó la barraca misteriosa, donde se críaban *douros de argento*. A las diez menos cuarto se acercó, trémulo, á la gordinflona, que le hizo pasar, dándole palmaditas, entre cariñosos chappurreos. Un hombre pequeñillo, todo bigotazos, estaba dentro del recinto, empuñando una vara.

Jacobo sintió miedo, y estuvo á punto de echar á correr, cuando el bigotudo, en una especie de jerga, le ordenó que se quitase la chaqueta y la camisa... ¡La camisa! Facilillo es que se la quite quien no la gasta... Al observar el susto del muchacho, la gorda se acercó, le acarició, le tranquilizó á su manera, explicándole de qué se trataba, y cómo después del «trabajo» vendría el *bel douro, la moneta, sai, carino...* La voz femenil, mantecosa, persuasiva, hizo su efecto; Jacobo se dejó desnudar, mostrando el pe-

cho canijo, los hombros flacos, la espalda con los omoplatos que parecían agujerear la piel... y el bigotudo, abriendo la caja que contenía el enjambre de las pulgas sabias, exclamó jocosamente:

—*Allons, les petites artistes ¡voici le restaurant!*

Sobre la blancura clorótica del brazo izquierdo, apareció un centenar de negros puntitos móviles. Los insectos trepaban, se rebullían, corrían, elegían el sitio preferido, el más sabroso trozo de carne para clavar su aguijón y chupar. Pronto, bajo la succión de las diminutas ventosas, se enrojeció la piel, se formaron ronchas y acudió la sangre, aquella sangre del Expósito, — que acaso fuese muy azul, aunque parecía roja. — El abdomen de las *artistas* crecía y se redondeaba. Ebrias de sangre, se volvían feroces; mordían á más y mejor. Jacobo, involuntariamente, probaba á sacudirlas, crucificado por la extraña tortura; pero la rubia de los bucles le decía dulcemente, sujetándole con sus blancos dedos, barajando el italiano y español:

—¡Figliolo...pazienza... Un douro, un bel douro, per il senorito! ¡E poi vanno danzare, questas artistas, e tu rie, tú rie mucho!

Hartas ya las pulgas, arrastrando el hidrópico vientre, bailaron con ardor un vals. Jacobo no reía; deseaba llorar, porque el hombro le escocía como una quemadura. Metieronle el duro en la mano, y electrizado, fascinado, prometió volver á la mañana siguiente. Se lanzó á un cafetín de la calle de la Cruz, y pidió chuletas, tor-

tilla de jamón... lo mejorcito. ¿No le habían comido? Era justo que comiera él. Devoró á mordiscos la dorada faz de los pasteles de crema; pidió café y copa, como un sibarita. ¡Dios! ¡Qué bueno es no tener debilidad! ¡Vaya si pensaba dejarse picar! Venga un ejército de bichos... Y en efecto, volvió al otro día á la hora fijada, ofreciendo el otro brazo, ganando el otro duro heroicamente. El escozor era insufrible... ¡Qué importa! Allí estaba el alimento, las golosinas, la almilla de algodón, la ropa, la cama...

¿Por dónde supieron los demás golfos la aventura? ¿Cómo sorprendieron y tradujeron, ellos que no habían tenido ayo francés, la frase del bigotudo, y con qué singular acierto le colgaron al Expósito el mote de *Restorán*?

Donde quiera que lo encontrasen, *Restorán* le llamaban á voces, con mofa impía, ¡*Restorán*! chillaban á coro, haciendo con dos dedos y la uña del pulgar el ademán del que acogota un bichejo. ¡*Restorán*! repetían ya las floristas, los fosforeros, las vendedoras de décimos y periódicos, los mendigos de oficio, toda la patulea callejera. «Mía que tantos humos... no querer pedir ná... y venir á parar en bisté pá las pulgas de estranjis.» El Expósito, bien comido, vestido de nuevo, sentía inundársele el corazón de rabia y de vergüenza. ¿Qué? ¿Ni tan siquiera se podía trabajar, recontra? Pues había que vivir... El que sabe lo que es tener llena la andorga, ya no se aviene á hacerse una cruz sobre ella... *Restorán* comería; ¡vaya si comería...! Y si no aprobaban aquel modo...

Desapareció de la barraca el Expósito. Quedáronse las artistas sin pitanza. La primera vez que aprovechando la distracción de una dama que miraba el escaparate de una joyería, *Restorán* la sacó delicadamente del bolsillo el portamonedas, *algo* se agitó en su conciencia inculta, *algo* quiso decir la sangre; pero era sangre nueva, formada con chuletas y pasteles; la antigua, la que quizás fuese azul, se la habían chupado toda las negras artistas, sustentándose con sus jugos. Dios sabe qué sangre histórica, ilustre, nutrió á los parásitos sabios de la barraca.—Y ahora, sus compañeros de vagancia no se burlan de *Restorán*.

III

Irrracional

EL deber de Cleto Páramo en Madrid era estudiar Derecho. Para eso y no para otra cosa le había enviado á la corte, con el subsidio de cuatro pesetas diarias, su tío el señor cura de Villafán. Si hemos de ser enteramente francos, el cura hubiese preferido verle ingresar en el Seminario de la diócesis, tenerle allí bajo el ala, cuidar de su alma y de su ropa interior y hacer de él un misacantano. ¡Porque ese Madrid! ¡Esa perdición! ¡Lo que allí hará un muchacho suelto! ¡Y cuando vuelva al lugar, qué va á traer

sino las camisas y los calzoncillos en un puro girón y en la conciencia un cargamento de pecados mortales! Pero, así y todo...

El «pero» en este caso especial, era el talento que á Cleto Páramo le había otorgado la Providencia, dispensadora de gracias, virtudes y dones que no nos merecemos los mortales. De mozos como Cleto se puede esperar todo, y todo lo esperaba efectivamente el cura. No cabe limitar el porvenir de quien descubre tales disposiciones, y no sería el primero ni el segundo que llegase, andando el tiempo, á ocupar los puestos más altos. La situación de España cuando Cleto levantó el vuelo era para fomentar los ensueños de la ambición. Acababa de estallar la revolución que derrocó la dinastía; un hervidero de ideales, de aspiraciones, de codicias, de apetitos, una mezcla de fuego y barro vil, como en los volcanes, se derramaba bullendo; oíanse nombres nuevos; el arte y las letras iban á transformarse. Todo esto, confusamente y al través de su anticuado criterio, lo percibía el señor cura y le estimulaba á sacrificarse por el sobriño predestinado á la gloria, al poder... quién sabe si á las dos cosas á un tiempo. Teníase el señor cura por un porro, pues no sabía más que cumplir oscuramente sus funciones sacerdotales y comer sopas de ajo, á fin de que no le faltase al estudiante la mesada; pero tocante al chico... ¡ya se vería, ya, si era ó no palo de obral

En Villafán se aceptó el augurio. Cleto sería el que les sacase de penas, allá para dentro de ocho ó diez años; el que les arreglase lo del cau-